

Museos militares y arte contemporáneo, una historia inacabada



Mónica Ruiz Bremon
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Arte Militar

Si usted visita hoy uno de los 40 museos y colecciones museográficas dependientes del Ministerio de Defensa de España, encontrará en él todo tipo de objetos, uniformes, equipos y armamento histórico, pero también otros ejemplares de estas tipologías caracterizados por su absoluta modernidad. Ejemplo de estas incorporaciones coetáneas a nuestros museos son las Enseñas nacionales que recientemente han dejado de ondear en misiones españolas en el exterior para pasar a formar parte de la colección permanente de uno de estos museos estatales; también, al menos un ejemplar de aquellos Equipos militares, de diversa naturaleza, que tras ser declarados obsoletos en el sistema SIGLE, deben pasar a ser considerados bien del Patrimonio Histórico Mueble de este Departamento ministerial.

Por el contrario, al visitante le parecerá que escasean, dentro del ámbito de la pintura, las manifestaciones de arte contemporáneo, siendo sin embargo abundantes las representaciones de carácter histórico y en concreto bajo dos tipologías pictóricas: el retrato y la pintura de batallas. Ello es debido al origen y carácter eminentemente histórico de los museos militares, aunque hoy se tienda a incluir en ellos cada vez más objetos y temáticas relacionadas con la innovación tecnológica. Un acierto, sin duda, pues su vocación modernizadora es uno de los rasgos que mejor han caracterizado a los ejércitos a lo largo de la Historia.

A través de esas dos tipologías se recuerda al visitante hechos de armas clave para la historia de la nación española, ensalzando de manera especial la figura de los grandes capitanes que

hicieron posible cada hazaña. Echaremos de menos, eso sí, otros episodios y protagonistas anónimos, pero es sabido que la función del arte en tiempos pasados, sobre la que no podemos detenernos aquí, estaba sin duda muy alejada de los paradigmas que hoy rigen nuestras vidas.

Por su parte, los retratos individuales de mandos militares ahondan aún más en esa tendencia de ensalzamiento de personajes públicos en los que no era raro que confluyeran la carrera militar con la actividad política, en especial durante la segunda mitad del siglo XIX. No olvidemos que los grandes museos militares españoles se crearon en ese siglo, con la excepción del Museo de Aeronáutica y Astronáutica, siendo el más antiguo el Museo del Ejército, creado por Manuel Godoy como Museo de Artillería en 1801 y el Museo Naval en 1843.

Esos museos militares se iban a nutrir, en sus inicios, de obras de arte «contemporáneas», esto es, encargadas ex profeso a artistas en activo que aludiera o con motivo de un episodio bélico reciente, o bien incluso premiadas en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de Pintura y Escultura que, por su temática, acabarían en museos y edificios del entonces conocido como «Ramo de la Guerra». Ejemplo de ello son obras como *Entrada triunfal del Ejército de África en Madrid* de José Sigüenza (1860), en el Palacio de Buenavista de Madrid; *Batalla de Treviño*, de Víctor Morelli (1875), en la Academia de Caballería de Valladolid o *Puente de la Fragata Numancia*, de Antonio Muñoz Degraín (1878) en el Museo Naval de Madrid.

Durante el siglo XX, en cambio, fueron excepcionales las obras originales cuya temática se inspirará en hechos de los ejércitos modernos. Muy significativo nos parece el caso, por lo extraordinario, del *Desembarco de Alhucemas*, una ambiciosa y representativa obra del malagueño José Moreno Carbonero datada en 1929, que, si bien pertenece a la colección del Museo Nacional del Prado, se encuentra hoy depositada en el Museo del Ejército. Menos suerte tuvieron las pinturas del boliviano Arturo Reque Meruvia «Kemer», auténticos reportajes de guerra, en parte depositadas en el Archivo Militar de Ávila y repartidas por otros edificios de índole militar. Sin duda su obra quedó muy marcada por su aproximación al Régimen a través del mural pintado al óleo en 1946: *Cruzados del siglo XX* para adornar la sede del recién creado Servicio de Historia Militar. Llama en todo caso la atención, en general, esta ausencia de alusiones al hecho bélico por antonomasia del siglo XX español: la guerra civil.

Por el contrario, antes y después de la contienda se compusieron numerosos *revivals* historicistas, algunos de dudosa calidad, dedicados a ensalzar las glorias de un pasado ya muy alejado en el tiempo. La llamada *Ofrenda de Elcano*, con sus dos versiones del Museo Naval y la Diputación de Guipúzcoa pintadas por Elías Salaverria en 1919 y 1922, ejemplifica esta tendencia. También se hicieron copias de obras señeras de la pintura española para adornar los museos militares, entre otras, de los grandes lienzos del Salón de Reinos del Buen Retiro encargados por Felipe IV a los mejores pintores del barroco español, entre ellos Velázquez, Zurbarán, Maino, Carducho, etc.

Pero no fue hasta mediados del siglo pasado cuando se dejó de ignorar la pintura coetánea y a abandonar un gusto, casi monolítico, por la recreación historicista. Lo fue gracias, en parte, a iniciativas como la instauración de Premios de Pintura en el ámbito del Ejército de Tierra, de la Armada y del Ejército del Aire. Los artistas que acudían a estas convocatorias, militares o civiles, estaban formados en un ambiente de plena modernidad, por lo que los despachos, vestíbulos y áreas comunes de un gran número de edificios militares comenzaron a poblarse de formas de expresión artística más o menos novedosas, ligadas a los principales movimientos ya consagrados para entonces, como la abstracción, el expresionismo, el surrealismo, el simbolismo, el formalismo y un largo etcétera.

Pero aún faltaba que el arte contemporáneo, esto es, el del siglo XXI, entrara con fuerza y al mismo tiempo por derecho en los museos militares, aunque de nuevo, como en el caso de la guerra civil, deberíamos buscar una causa externa para explicar este retraso: la pintura que hoy practican la inmensa mayoría de los artistas contemporáneos ha relegado a un segundo plano la figuración y huye del realismo, siendo estas fórmulas, en nuestros días, una tendencia minoritaria cuando no en franca regresión, pese a que maestros como el gran Antonio López aún sigan cultivándola y haya ocasionado que autores como Augusto Ferrer Dalmau gocen de una popularidad notable.

Pero no se puede obviar que muchos pintores se sienten hoy ajenos a un discurso museístico en el que prima la función didáctica, adoctrinadora o, cuando menos, representativa y que los responsables de los museos militares no encuentran posible el encaje entre uno y otros. Sin embargo, en mi opinión son perfectamente compatibles las múltiples y nuevas formas de expresión artística con el mensaje que todo museo debe enviar a la sociedad a través de su discurso. No es necesario pintar a la manera del siglo XVII para que el visitante de un museo militar sea capaz de ver en un cuadro la transmisión de una historia, de una vivencia, de un sentimiento o de un fragmento de la vida militar, expresados por el artista conforme a un lenguaje no necesariamente realista y, en último caso, seguramente muy cercano a los que maneja y con el que se siente a gusto el propio espectador. Pienso que, como nos ha demostrado sobradamente la Historia del Arte, cada artista debe tratar de ser fiel a su época y cada época debe crear su propio lenguaje artístico. Es misión de los museos, y entre ellos no podemos dejar de lado a los museos militares, convertirse en el lugar en el que convivan tradiciones y testimonios de la Historia junto con formas de expresión formal, simbólica y estéticamente hablando, que sean hijas de su tiempo, como lo son hoy los Ejércitos y Armada españoles.